

SMORGASBORD

ÁLVARO DELGADO-GAL
LAS PLUMAS DEL PAVO

¿Quié-
ríen saber cómo pasa el tiempo? Pues apliquen el oído a escuchar canciones viejas. No muy viejas. Canciones de anteaer, que el tiempo había sepultado bajo canciones más nuevas y que retornan a la superficie tras un golpe de azada. Quiero decir, un pensamiento errático, un encuentro fortuito en la radio o la red, o la lectura de un obituario en el periódico.

Este verano caliente, largo, detenido -las noticias recurrentes sobre la crisis financiera producían la sensación de que cada día era una copia del anterior-, me ha devuelto, sucesivamente, al 69 y al 72: a *Je t'aime, moi non plus*, de Jane Birkin y Serge Gainsbourg, y a *Parole, parole, parole*, de Mina. Lo de Mina es un poco más complicado de explicar que lo de Jane Birkin. Le pedí a mi hijo que me compusiera un CD con algunas canciones, entre otras, la de Mina, y mi hijo captó una versión en español. El protagonista masculino es un argentino que se dirige a su amada dando voces, como si estuviera llamando a un taxi. Así que hicimos un segundo intento y esta vez mi hijo atinó con la versión buena, la de Mina/Alberto Lupo. La oí y noté algo que no supe comprender bien, algo que me descolocó. Estuve plejejo unos días, hasta que el azar quiso que escuchara, no recuerdo dónde, *Je t'aime, moi non plus*.

¡POBRE VARÓN VANIDOSO! LO HAN SOLTADO POR AHÍ, PARA QUE SE DESAHOQUE EN LOS ESTADIOS

Cuerpo ahilado

Se trata, sin duda, de una canción pornográfica. Jane Birkin gime durante un coito, y repite dos o tres cosas -«je t'aime», «tu va et tu viens entre mes reins», y poco más- con una voz aguda, una especie de sinestesia del cuerpo largo, ahilado, que hemos visto en la pantalla los que ya tenemos una edad. He leído en Google que el Vaticano incluyó la pieza en el Índice, o algo por el estilo -desconozco si sigue existiendo un Índice: aquel al que fueron consignados Montaigne y Malebranche.

El caso es que la Birkin gime: y el hombre habla con una voz grave, medida, enunciativa. El

hombre, que se resiste ante los umbrales de la eyaculación, no se adivina si por una cuestión de principio o porque se encuentra misteriosamente dissociado de las cosas de este mundo, dice en cierto momento, en un tono especulativo: «L'amour physique est sans issue». Expresión polisémica con la que se puede dar a entender, bien que el amor físico no conduce a nada, bien que no termina de elevarse, de triunfar, de salir de su prisión, el penacho de agua y espuma. La pieza concluye con una exhortación de la rendida Birkin, ignoramos si fructuosa.

El don de la palabra

Me grabaron también *Je t'aime*, y escuché las dos canciones varias veces, una detrás de otra, mientras iba en coche. ¡Eureka!, descubrí la clave. Sí, señor, son dos canciones viejísimas. Tan viejas como la época en que Sartre, bisojo y horrendo, seducía a sus alumnas con el don de la palabra. Hay diferencias entre el dúo francés y el italiano, desde

luego. Alberto Lupo es un verboso que traslada al amor las enumeraciones encomiásticas en que se esmeraban los cicerones y los profesores ante el monumento a Vittorio Emanuele II, en tanto que Gainsbourg diserta en el tono neutro de X -el narrador sin nombre- en *El año pasado en Marienbad* -Alain Resnais + Alain Robbe-Grillet + la biblia en verso-. Pero ambos, cada uno a su manera, son propietarios del logos, desatado en un discurso luengo y fluido como un río. ¿Y ellas? Ellas... son ellas. Una condensación caliente, palpitante: el temblor de vida ante el cual la palabra triunfa o fracasa, o gira morosamente y enlaza silogismos.

¡Pobre varón vanidoso, logocéntrico! ¡Lo que va de ayer a hoy! Al varón le han puesto una visera con el ala vuelta de lado, unos pantalones cortos con el tiro a la altura de las rodillas, deportivas de colores, y cresta de pelo en mitad del cráneo. Y lo han soltado por ahí, para que se desahogue en los estadios o infle las estadísticas de fracaso escolar. ¡Pobre varón sin sitio! Con las plumas del pavo, se montan escobas.

SE PARA EL TIEMPO



TRES MANERAS DE ESTAR SOLA

MASCHA KALÉKO
Edición y traducción de Inmaculada Moreno
Renacimiento. Sevilla, 2012
134 páginas, 16 euros

★★★★



La estética del absurdo anida en los versos de Mascha Kaléko (sobre estas líneas); también el humor y la elegía

Algunos traductores cumplen hoy la misma función que los copistas medievales cumplieron: gracias a ellos conocemos textos a los que no es fácil acceder y entramos en contacto con autores que la Historia literaria deja a un lado por su oblicuidad.

Inmaculada Moreno ha recuperado a Mascha Kaléko (1907-1975), nacida Golda Nalka Aufen en la Galitzia polaca. Vivió en Marburgo y Berlín, se exilió en Estados Uni-

dos y murió en Zúrich, dejando una obra que el olvido no ha logrado borrar y que es rica y abundante en títulos.

La traducción de Inmaculada Moreno en *Tres maneras de estar sola* nos da las claves de su escritura y traza un exacto perfil de esta mujer que despierta nuestra simpá-

tía y en la que no sabemos qué admirar más, si su espíritu de época, su ternura o su humor, o todo ello. Encontramos aquí pinos que riman con tranvías, imágenes urbanas a medio camino entre el simbolismo y las vanguardias, cuyos mecanismos utiliza pero no en estado puro, sino mezclados con algo del estilo finisecular. Lo que produce un efecto híbrido, parecido al de los versos rimados de los ultraístas que combinaban el ruido de los motores con los sonidos de Rubén.

Esa temperatura lírica, aquí muy bien representada, es la que estas versiones de Inmaculada Moreno recogen, procurando que no pierdan su condición de poema, que es lo que reconoce y agradece en ellas el lector. Pero no es este el único tono que nos ofrecen: hay otros muchos rasgos de época, como el diálogo que la autora establece entre la «hija morena del Congo» y ella misma, «pálida niña judía de Europa», que no dista de algunos de los puntos de vista del García Lorca de *Poeta en Nueva York*.

Tiempo de prueba

La mayor parte de sus textos son breves: cuatro versos le bastan para articular un significado que, en ocasiones, se inscribe en la estética del absurdo, explícito en «¡qué fácilmente se halla, en lo absurdo, sentido!». Pero que, otras veces le sirve para exponer un existencialismo sin quejas ni preguntas: como tiempo de prueba de su propia cruz.

Esta Mascha Kaléko es la que prefiero: sobre todo, cuando se somete a «la melodía, el ritmo y / el silencio del orbe» o es capaz de aislar en un solo verso de cuño elegiaco la expresión de un sentimiento que exige su transcripción a nuestro idioma en dos.

Pienso en esta formulación suya tan precisa como el tic-tac mismo del reloj: «El tiempo está parado: somos nosotros los que transcurrimos». Eso y su sensación de las ruinas de su adolescencia «furtiva, abandonada, anónima» y su nostalgia de los ríos (el Elba, el Rin, el Spree), y ese continuo sentirse y ser extraño en cualquier sitio, que la lleva a buscar su patria no en el lenguaje, sino en el amor. Mascha Kaléko es una prueba más de que en la literatura tan interesantes son los tpicos como los flecos.

JAIME SILES

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1 877 988 4040 Intern: 800 636 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW